

La última palabra.

Me costó varios días llegar hasta la cima de la montaña. Buscaba un poblado del que había oído hablar en relatos de antiguos exploradores. Al parecer, según noticias recientes, solo quedaba una persona con vida.

Encontré a una mujer junto al río. Ya anciana, vivía sola en una cueva excavada en la roca. Era la última de su pueblo; la única persona que hablaba un dialecto que nadie más conocía. Al principio nos comunicamos con las manos. Poco después comenzó a enseñarme su lenguaje. Pronunciaba cada palabra explicándola con gestos; yo la grababa, mientras intentaba escribirla en mi libreta tal cual sonaba en mi idioma.

Descubrí que aquella lengua describía cosas que yo no sabía nombrar. Conservaba aquello que el tiempo estaba borrando: el olor de la lluvia sobre la tierra en la que se nace; la tristeza de abandonar un lugar para siempre o el miedo de saber que nadie volvería a pronunciar nuestro nombre.

La última noche me pidió el cuaderno. Lo abrió y se detuvo en la última palabra que yo había anotado. La pronunció y después señaló mi boca, quería que yo la repitiera y así lo hice, sin entender bien cuál era su significado. Ella sonrió y cerró los ojos.

A la mañana siguiente había muerto. Regresé a casa con el cuaderno. Durante meses intenté traducir aquella última palabra pero no lo conseguí. Tiempo después comprendí su significado. La palabra no designaba una cosa; nombraba una presencia, se refería a mí. Entonces entendí por qué, antes de morir, la mujer había sonreído. Yo había viajado hasta allí para encontrar a la última persona que hablaba aquella lengua, pero ella había

comenzado el viaje mucho antes que yo. Había cruzado toda su vida para encontrarme y así poder salvar su mágico mundo.

Atlante.